

las veinticuatro horas de haber recibido la comunicación de Merveldt, Thugut enviaba á los embajadores instrucciones precisas y extensas aceptando la segunda combinación; pero como político sagaz, no dejaba de consignar sus reparos y de pedir algunas modificaciones. La principal de éstas era el restablecimiento del ducado de Módena, por ser el más próximo heredero de este país tío del emperador, ofreciendo, en cambio, sin dejar de mantener en teoría el principio de la integridad del Imperio, ceder á los franceses todas «las parcelas del territorio imperial que les conviniese adquirir». Juntamente con esto, recomendaba á sus enviados que trabajasen por averiguar hasta dónde podría llegar la buena disposición de los franceses; pedir la evacuación del Austria, una vez firmados los preliminares; convenir en que dentro del plazo de tres meses se debería llegar á la paz definitiva, mediante un Congreso reunido en una ciudad neutral, Berna por ejemplo; en fin, invitar á los aliados á este Congreso, sin que por esto se entendiera que ni la redacción de los preliminares ni la conclusión de la paz definitiva dependerían ni poco ni mucho del éxito de la negociación franco-inglesa. Ante el deseo de poseer á Venecia, Thugut no conocía ni á sus aliados.

El coronel Saint-Vincent fué el encargado de llevar estas instrucciones á Leoben, á donde llegó el diez y seis de Mayo. Habíanse celebrado algunas conferencias preliminares, y en ellas Bonaparte adquirió desde luego sobre Gallo la misma superioridad que sobre Merveldt. Los plenipotenciarios austriacos quisieron consignar, en el primer artículo, que el Emperador reconocía á la República francesa. «Borre usted eso, exclamó Bonaparte. La República no necesita ser reconocida; es como el sol sobre el horizonte; desgraciado del que no la ve». Transigió indiferente con la antigua etiqueta de que, en los tratados, el Emperador fuese nombrado siempre en primer lugar. Presentó tres proyectos: Si Austria insiste en la restitución de Milán, Francia se quedará con Bélgica y con las fronteras del Rhin; si el Emperador desiste de Milán, Francia le ofrece Venecia; «si Venecia no os conviene, os empeñamos nuestra palabra de que antes de tres meses tendremos otra indemnización que ofreceremos». Esto ocurría el día quince. Al siguiente, llegó Saint-Vincent, que sacó á los negociadores de sus perplejidades. Desde este instante, todo marchó como una seda. Se convino en que los artículos relativos á Italia serían objeto de un tratado especial y secreto; que, una vez firmados los preliminares, los franceses abandonarían el Austria alemana; que un Congreso, al que se invitaría á los aliados, se reuniría en Berna, para la paz general, la cual debería concluirse en el plazo de tres meses, y que otro Congreso de los Estados del Imperio negociaría al mismo tiempo la paz entre Alemania y Francia, tomando por base la integridad del Imperio. Francia conservaría la Bélgica y demás países anexionados por la Constitución, y de los Estados que adquiriese en Italia formaría, con Bérgamo y Crema, una República independiente. Se indemnizaría al Emperador con la parte de territorio veneciano comprendida entre el Oglio, el Pó y el Adriático,

más la Dalmacia y la Istria, cuyas plazas fuertes evacuarían los franceses al firmarse la paz definitiva. Las legaciones de Romania, Bolonia y Ferrara se daría á Venecia, en compensación de lo que se le quitaba. Todos estos extremos se acordaron casi sin discusión. Se deliberó varios días, en cambio, sobre la restauración del ducado de Módena, con la particularidad de que ninguna de las partes adujo las verdaderas razones que le movían á sostener su pretensión. El punto de vista en que una y otra se fijaron, y que ninguna expresó, fué que el ducado de Módena, aunque pequeño, se extendía de las fronteras de Venecia á las de Toscana y Mediterráneo, y de esta configuración resultaba que, si quedaba en poder de los austriacos, impedía á la influencia francesa ejercerse en la Italia central y meridional, y si en poder de los franceses, ponía los mismos límites á la influencia austriaca. Por esto, Thugut estaba dispuesto á sacrificar por adquirirlo la integridad de Alemania; por esto, Bonaparte lo reclamaba como condición fundamental del tratado. Tuvieron, al cabo, que ceder los austriacos, conviniéndose en que se buscaría en Alemania, cuando la paz general, una indemnización para el Duque y que Módena sería agregada, con Reggio, Massa y Carrara, á la nueva República lombarda. Preguntó entonces Merveldt á Bonaparte de qué medios pensaba valerse para obtener de Venecia la cesión formal de Tierra-Firme, y el general contestó, con sorprendente naturalidad, que aprovecharía el primer desacuerdo con Venecia para declararle la guerra é imponer al Senado, por la fuerza de las armas, el cambio de sus provincias por las legaciones. «Los habitantes de Tierra-Firme, añadió, odian al gobierno veneciano, y se les persuadirá fácilmente á que ellos mismos pidan su incorporación al Austria». Conseguido el acuerdo, los embajadores austriacos manifestaron mucha prisa por firmar el tratado. No les faltaba razón para ello. El general Clarke, el verdadero plenipotenciario del Directorio, era esperado de un momento á otro, y Bonaparte daba á entender que traería exigencias más duras que las suyas. El nuevo general del ejército del Sambre, Hoche, había denunciado el armisticio el trece de Abril, y Merveldt temía por este lado nuevos desastres para el Austria. La impaciencia de Gallo provenía del ferviente deseo que tenía su corte de concluir la paz. Bonaparte se alegraba de estas prisas, que le aseguraban la gloria de ser el único pacificador. Para tratar no tenía poderes; pero ni los austriacos se los pidieron, ni él creía necesitarlos. El diez y ocho de Abril se redactaron y firmaron las dos actas, la pública y la privada.

¡Qué tristes consideraciones sugiere el tratado de Leoben! Bonaparte y Thugut faltaron igualmente á sus compromisos: el uno, sacrificó los intereses de la Revolución y de la patria á su medro personal; el otro, abandonó los intereses de sus aliados por los de Austria y sacrificó los verdaderos de ésta á su odio á Prusia. La firma de los preliminares de Leoben fué para Bonaparte lo que el paso del Rubicón para César: la declaración de rebeldía contra la República. No es Francia, es Bonaparte, sobreponiéndose al Estado

francés, el que firma en Leoben. El dictador aparece aquí ya de cuerpo entero. ¡Qué distancia entre lo convenido en este tratado y los principios de la Revolución! Cinco años antes, no se hablaba en París sino del desinterés de Francia, de la fraternidad de los pueblos, del derecho que tienen todas las naciones á decidir de sus destinos; al presente, Bélgica y la mayor parte de Italia son sometidas á la dominación francesa, y la diplomacia republicana, rivalizando con el antiguo régimen, dispone, como de rebaños, de las almas de los ciudadanos. El fraccionamiento de Venecia, acordado en Leoben, supera en iniquidad á lo más arbitrario que habían realizado las antiguas potencias, incluso el reparto de Polonia. Al fin y al cabo, habíase derribado en Polonia un gobierno aristocrático decrépito é impotente, que oprimía á la burguesía y condenaba á los campesinos á una bestial servidumbre; al paso que Venecia estaba sometida á una aristocracia cuya administración previsora y regular protegía eficazmente la prosperidad material de las ciudades y aldeas. semejante iniquidad no estaba justificada ni por el sentimiento nacional ni por interés colectivo alguno; era engendro de una ambición desenfrenada, audaz, furiosa. Al condenar á Bonaparte, no absolvemos á Thugut. No fué por amor al imperio que tomó á Venecia, sino porque codiciaba de mucho tiempo atrás la posesión de aquel hermoso país, y porque un sistema de indemnización en Alemania habría favorecido el engrandecimiento de Prusia. Anteponiendo los intereses de su soberano á los de Alemania, desconoció, por su odio exagerado á Prusia, los verdaderos y permanentes intereses del Austria.

Tuvo gracia el modo de justificar su conducta el ministro imperial y el general francés; aquél con las potencias aliadas, éste con su gobierno. Al embajador inglés, Eden, Thugut le tuvo engañado, mientras duraron las negociaciones, diciéndole que sólo se trataba de ganar tiempo, de explorar el pensamiento de los franceses; cuando se firmó el tratado, mostrósele indignado contra los negociadores, por la ligereza con que, contraviniendo á sus instrucciones, se habían dejado seducir por Bonaparte; siguió la farsa ofreciendo su dimisión y pretextando que, como ministro dimitido, no podía aconsejar al Emperador que dejase de ratificar los preliminares; se negó á revelarle las condiciones, escudándose en el carácter secreto del tratado, y quince días después hizo declarar al gabinete de Londres, por el embajador austriaco, que la falta de subsidios había hecho la paz inevitable. Osadía y desparpajo, al par que talento, eran menester para urdir semejante sarta de embustes. Con el Emperador de Rusia, sin dejar de mentirle, estuvo menos desatento. Manifestóle que Bonaparte había ofrecido condiciones más ventajosas que nunca; que había cautivado á los enviados haciéndoles firmar ilícitos desquiciamientos, y que, por la tacañería de los ingleses y la penuria de la Hacienda austriaca, el Emperador no había podido obrar de otra manera. Pero le dió á conocer las condiciones del tratado, expresando la esperanza de que el Czar aprobaría la adquisición de Venecia, puesto que Rusia había ofrecido esta provincia al Emperador dos años antes. Al ver á Bonaparte tan cerca de Viena, Pablo

había tenido un acceso de belicoso entusiasmo, efímero como todos, y al fin del cual había repetido á Cobenzel que sólo la paz podía salvar al Austria. Consiguientemente, parecióle bien lo hecho: escribió á Constantinopla una carta amenazadora, exigiendo reposo completo; al gabinete de Berlín, que contaba con su leal apoyo para la obra de la paz, y á los ingleses, que estaba pronto á encargarse del papel de mediador en el próximo Congreso.

Con no menos frescura que Thugut, mintió Bonaparte. De dos graves capítulos tenía éste que defenderse con su gobierno: uno, la cesión de Venecia; otro, la precipitación en concluir el tratado. Respecto de Venecia, mantuvo contra ella la acusación de deslealtad; declaró falsos los testimonios y protocolos de sus magistrados, y apeló al argumento de que sólo un idiota era capaz de violar la primera ley del arte de la guerra provocando tumultos á sus espaldas. En cuanto á la prisa en firmar la paz, echaba toda la responsabilidad sobre el Directorio y sobre la inacción del ejército del Rhin. «Mis mejores planes, decía, han sido destruidos por la inercia del ejército del Rhin..... menester es que ese ejército no tenga sangre en sus venas..... toda Europa juzgará la conducta tan distinta de los dos ejércitos.» Esta irritación era en Bonaparte pura comedia, á la que apelaba para justificar su injustificable conducta. Los hechos hablaban muy claro. El doce, había recibido un despacho del Directorio anunciándole la marcha del general Hoche, lo que le satisfizo al extremo de decir que, en ocho días, Hoche podía adelantarse hasta Rednitz. Luego, quiso destruir el efecto de estas palabras. «Cuando supe por vuestras cartas que Moreau seguía quieto y que dejabais á Hoche adelantarse solo, escribí el treinta de Abril, consideré la campaña como perdida y no dudé de que habríamos sido batidos el uno después del otro». Al enterarse el ocho de Mayo, en el instante mismo de firmar los preliminares, de que Moreau se había puesto también en movimiento, se limitó á lamentarse el muy ladino de que esto no se hubiese ejecutado quince días antes, ó de que Moreau no se lo hubiese avisado á tiempo. Tal fué su táctica: él era el bueno, el patriota; los culpables, el Directorio y los ejércitos del Rhin. Su procacidad llegó al extremo de ponderar las excelencias del tratado, diciendo que «sería un monumento de la gloria de la República francesa y presagio infalible de que podía ésta, en dos campañas, someter el continente de Europa, si organizaba sus ejércitos con fuerza». Termina la carta pidiendo el relevo. «Comprenderéis que yo no puedo permanecer aquí por más tiempo. Mi carrera civil será, como mi carrera militar, ¡una y sencilla!»

Todas las argucias de Bonaparte se estrellaban ante la realidad de los hechos. ¡Acusar á los ejércitos del Rhin! Si la campaña no había empezado en Alemania casi al tiempo que en el Friul, no había dependido de Hoche, que en dotes militares nada tenía que envidiar á Bonaparte y le superaba con mucho en patriotismo. Este general se hizo cargo del mando á fines de Febrero, y en unas semanas repuso el orden en la administración, metiendo en cintura á los comisarios y abastecedores que saqueaban al ejército y á los

países conquistados; asegurando el buen empleo de los recursos que ofrecía la comarca en ambas márgenes del Rhin, y tratando á las poblaciones alemanas muy de otra manera que Bonaparte tratara á las explotadas ciudades italianas. A fines de Marzo se halló á la cabeza de un magnífico ejército, de ochenta y seis mil hombres, capaces de todo género de empresas, bajo las órdenes de jefe tan cumplido. No era de igual modo floreciente el estado del otro ejército. Su personal, compuesto de unos sesenta mil hombres, hallábase cansado aún de la reciente campaña del invierno, falto de todo lo menester, acampado en país pobre, que podía suministrarle muy poco, al extremo de tener Hoche que enviarle víveres y caballos. De aquí provinieron los aplazamientos de Moreau, que tenían á Hoche en febril impaciencia. A mediados de Abril, no pudo éste aguantar más; sin importarle la noticia del armisticio otorgado por Bonaparte, lanzó el diez y siete á su lugarteniente Championnet, con el ala izquierda, á la margen derecha del Rhin, y al día siguiente él mismo pasó el río con el grueso del ejército. El general austriaco Werneck, cogido entre dos fuegos, fué roto, arrollado y rechazado más allá del Lahn. El veintidós de Abril, los franceses estaban á las puertas de Francfort. No había salvación para el ejército austriaco, que sólo contaba de treinta á cuarenta mil hombres. ¡Quién se lo había de decir! su providencia fué Bonaparte. Cercado por sesenta mil franceses, en el instante en que irremisiblemente iba á ser destruído, llegó un correo con la noticia de que se habían firmado los preliminares de Leoben. Hoche sintióse profundamente contrariado, viéndose detenido en los umbrales de una carrera digna de su genio; pero no le abandonaron ni su serenidad ni su abnegación. A su vez, Moreau pasó el Rhin el veinte de Abril, por debajo de Strasburgo; derrotó en una batalla de dos días al ejército austriaco del Alto Rhin; el veintidós, su vanguardia forzó el paso del Renchen, é inmediatamente tomó posiciones para una nueva batalla, cuyo éxito no era dudoso. Aquí le pararon también los preliminares de Leoben. Si Bonaparte les hubiese esperado, evidentemente habrían barrido delante de ellos los restos de los ejércitos austriacos hasta Viena; el Austria aplastada habría tenido que entregarse á discreción, y se habría evitado la indemnización en Italia, con menosprecio de todos los principios y de todos los derechos.

El despacho de Bonaparte anunciando los preliminares, produjo en la mayoría del Directorio una explosión de cólera. Reveillere y Rewbell, especialmente, botaron, así contra la audacia del general que había firmado sin autorización acto tan grave, como contra las condiciones suscriptas. Barras se expresó en terminos parecidos. El reflexivo y grave Carnot, sin dejar de censurar la conducta de Bonaparte, entendió que se debía ratificar el tratado. ¿Cómo patriota tan excelente aconsejaba confirmar acto tan antipatriótico? Por su patriotismo, precisamente. Hacia tiempo que Carnot suspiraba por la paz; acabar con la guerra era su pensamiento fijo. Preocupábale hondamente el malestar interior de Francia, que presentaba contraste tan triste con el brillo de sus victorias; veía la ruina en la

Hacienda, el desorden en las ideas y en las costumbres; temía que el país, traqueado por los terroristas, que le espantaban, y por los reaccionarios, que le empujaban á un pasado imposible, se echase en brazos de una dictadura militar, y no veía camino de salvación para la República más que en una paz que calmase los espíritus, reanimase el trabajo y permitiese restablecer el orden en las relaciones económicas. Sobradamente comprendía que, por el desdichado tratado, la Revolución renegaba de sí misma; pero parecíale menor este mal que los que se causarían negando la ratificación. Desde luego, preveíase como segura una conflagración general contra el Directorio por parte de todas las clases, en las que era general y fervoroso el deseo de la paz. Letourneur siguió á Carnot; Barras se mostró también convencido; los otros dos directores cedieron, y los preliminares de Leoben fueron ratificados.